

Gustavo Gutiérrez Articuló una Teología colaborativa y liberadora



Por [Emilie Teresa Smith](#)

25 de octubre de 2024

Hacer teología es escribir una carta de amor al Dios en el que creo, a la gente con la que vivo, y a la iglesia a la que pertenezco. (Gustavo Gutiérrez)

Fue un día de enero helado en las montañas de la Sierra Madre Oriental en el norte de México. Estaba moderando una mesa en una reunión para conmemorar los 25 años del obispo, don Raúl Vera, copresidente de la histórica Red Cristiana Internacional Oscar Romero en Solidaridad con los Pueblos de América Latina (SICSAL). A mi derecha y a mi izquierda se sentaron los titanes de la teología de la liberación: el padre Jon Sobrino, SJ, un sobreviviente de la masacre en la Universidad Centroamericana de San Salvador; el padre Eleazar López Hernández, fundador del movimiento Teología India; y más lejos, el propio “abuelo”, el padre Gustavo Gutiérrez, de Lima, Perú, y un fraile dominico, como nuestro homenajeado Don Raúl. Hacía tanto frío, sin calefacción en el centro, que alguien había ido alrededor y recogido mantas de lana.

Estaba temblando en mis botas por otras razones. ¿Qué diablos estaba haciendo en esta mesa una canadiense, una anglicana! ¿Qué podría contribuir a esta conversación? Pero ese era el punto. La teología de la liberación fue obra de muchos. Gutiérrez había sistematizado un movimiento comunitario vivo, colaborativo y comunitario con su trabajo *Teología de la liberación*, publicado en 1971, en español y, dos años después en inglés. Durante décadas, clérigos y líderes comunitarios, hombres y mujeres, a través de culturas, identidades y denominaciones, todos habían contribuido, de la manera más pequeña, a la construcción de esta nueva forma de pensar y actuar sobre Dios.

Una teología de la liberación fue lo que me hizo ser cristiana en primer lugar. Aunque mi abuela era una trabajadora católica, crecí en una casa profundamente secular con un fuerte sentido de las injusticias del mundo. Me había casado en la lucha en Guatemala, donde vivía y luché durante años en medio de una horrenda opresión y una violencia feroz. Fue una sorpresa, y una alegría absoluta para mí descubrir que Dios, y el pueblo de Dios, estaban activos e involucrados en desafiar sistemas injustos y venir junto a los más vulnerables. Pero cómo había llegado a ser esto, me preguntaba.

En evolución del Concilio Vaticano II (1962-65) y de la Conferencia Episcopal de Medellín de 1968, la jerarquía de la Iglesia Católica en América Latina avisó de una ola de cambio que no dejaría ningún rincón del continente intacto. En mi corazón de Guatemala,

sacerdotes y monjas, hermanos religiosos y obispos, dejaron sus sagrados salones y entraron al campo. Se formaron cooperativas agrícolas y bancarias, grupos de estudio desenfundados en la vida, laicos (en su mayoría hombres) por decenas de miles estaban empoderados para tomar el liderazgo en sus comunidades. Este movimiento de renovación se extendió por América Latina, un poderoso ejemplo de gente que se levantaba.

Lo que sucedió después fue indecible: opresión de arriba y abajo del continente, una guerra sucia en Argentina, golpes de estado en Chile, Brasil, Haití y otros lugares, genocidio en Guatemala. Los cristianos –en particular aquellos que practican la teología de la liberación– no eran inmunes a estas olas de violencia; a menudo eran su objetivo. Trece sacerdotes fueron asesinados en Guatemala. Los obispos Oscar Romero, Enrique Angelelli y Juan José Gerardi fueron asesinados en El Salvador, Argentina y Guatemala, respectivamente. Miles y miles de laicos fueron martirizados.

Tristemente, la jerarquía de la Iglesia Católica durante gran parte de este tiempo hizo poco para defender a sus miembros practicando la teología de la liberación. El Papa Juan Pablo II, cuyas raíces estaban en una Polonia que sufría bajo el comunismo, haría poco para defender el modelo innovador de iglesia iniciado por Gutiérrez y sus guardianes afines de la fe.

Esto es lo que estaba pensando en esa frígida tarde de enero. La iglesia de liberación en ese momento estaba luchando bajo un pontífice aún más rígido, el papa Benedicto XVI. El núcleo de lo que les dije a estos hombres y mujeres reunidas era: Espera. Nuestro amor por los pobres nos sostendrá.

Al salir juntos de la mesa de conferencias, Gutiérrez tomó mi mano y la estrechó cálidamente. No dijo nada más que asentir conmigo con afecto. Nos hicimos amigos, colegas, aliados. Me di cuenta entonces de que caminaba con una cojera pronunciada. Había sufrido polio cuando era joven y vivió su vida con restricciones cada vez mayores en sus movimientos. Pero era imparable.

Poco sabíamos, en ese frío día de 2013, que en tres meses toda la iglesia comenzaría a estremecerse con la elección del primer papa latinoamericano, Francisco. Mientras que Francisco **no era exactamente un practicante de liberación**, estaba más abierto a un cambio. En un año, Gutiérrez estuvo en Roma, en conversación con el nuevo pontífice.

Gutiérrez, que murió el pasado 22 de octubre, a los 96 años, nunca dejó de ser párroco. En 1974 fundó el “Instituto Bartolomé de las Casas en Lima”. En sus 50 años de trabajo, ha celebrado y levantado luchas comunitarias, desde la defensa de la Amazonía, hasta las escuelas de liderazgo, pasando por los estudios de teología popular. Gutiérrez también llevó su teología a las instituciones educativas de la iglesia y durante décadas enseñó teología en la Universidad Pontificia del Perú y la Universidad de Notre Dame en Indiana. Para ricos y para pobres, para privilegiados y oprimidos, Gutiérrez sabía que el camino hacia la vida correcta era compartir la alegre creación de las riquezas de Dios.

La primera nota que tuve de la muerte de nuestro hermano fue en el chat de los líderes del SICSAL. La nota era de Ana Ruth García, una teóloga feminista y ministra bautista de Honduras que sirve como una incansable defensora de los derechos reproductivos de la

comunidad LGBTQ y de las mujeres en un lugar donde un aborto espontáneo podría llevar a una mujer a la cárcel si se sospecha que había tenido un aborto. Su texto decía: "Nuestro abuelo ha ido por delante de nosotros".

Cuando vi su mensaje, mi corazón no estaba afligido sino emocionado. Todos somos familia, todos somos uno, en este Señor de la Vida.

Esta oración de Nidia Arrobo Rodas, miembro de SICSAL Ecuador, lo compartimos a lo largo del mundo con alegría:

Gustavo, su interpretación de Exodo encendió la chispa en nuestra Iglesia latinoamericana... un Continente desgarrado por la contradicción entre la fe cristiana y la escandalosa desigualdad social... "San Gustavo": continúa guiando a nuestro caminante cristiano con tu magnífica obra para que podamos vivir plenamente nuestro compromiso con los marginados... desde el corazón de Dios, acompaña a los enfermos que necesitan una luz de esperanza.

Ver el original en inglés en <https://sojo.net/articles/opinion/gustavo-gutierrez-articulated-collaborative-liberating-theology>



[Emilie Teresa Smith](#)

Emilie es presbítera y teóloga anglicana canadiense, vive en Vancouver, Columbia Británica. Es Copresidenta de la Red Internacional de Solidaridad con los Pueblos de América Latina.